

LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 10.—SÁBADO 8 DE MARZO DE 1851.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 50.
Ultramar y extranjero: Año 50.

SUCESOS DE ACTUALIDAD.

EL ENTIERRO DE LA SARDINA.

La fiesta popular que se verifica en Madrid todos los miércoles de Ceniza, bajo la denominación de *Entierro de la Sardina*, es una fiesta que corona la locura alegre y bulliciosa del Carnaval.

Siempre se ha celebrado sin disgusto de ninguna clase, o mismo cuando la inquisición se encontraba en su mayor apogeo, en tiempos de absolutismo que en el de sistemas constitucionales. Ha sido fiesta hasta hace pocos años, que se concretaba á la gente de bota y garrote, pasando desapercibida entre la sociedad ilustrada y sensata; pero despues se ha despertado en el pueblo de Madrid tal avidez por las diversiones, que no desea mas que pretextos para estar siempre

en continua animacion; el hecho es que el *Entierro de la Sardina* puede considerarse desde luego el complemento del Carnaval, y por esta razon pondremos esta fiesta en la esfera de una romería popular, como lo es la de San Isidro, San Antonio, el Angel y San Blas.

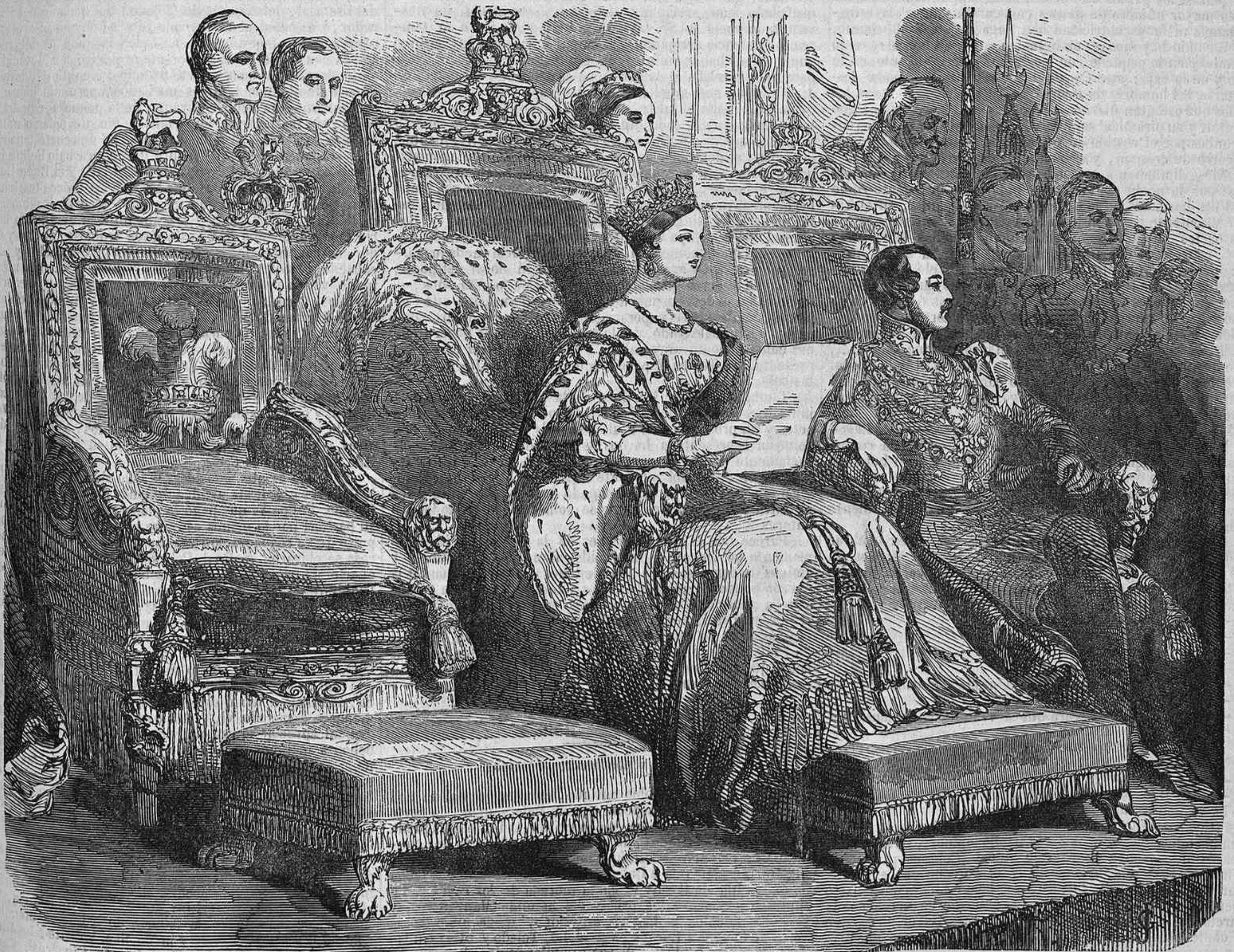
Hemos dicho que el Entierro de la Sardina ha sido una fiesta que ha pasado desapercibida de la generalidad de las gentes; pero viendo las proporciones colosales que ha tomado este año, con motivo de la prohibicion intentada por el vicario de Madrid, cuya fiesta se ha elevado á cuestion de política y ha ocasionado la caída de dos principales autoridades de la corte, nos ha parecido del caso registrar los viejos cronicones que tratan sobre este pueril asunto, y daremos, en consecuencia, á nuestros lectores, lo que hemos podido averiguar.

El Entierro de la Sardina tiene su origen, nada menos que en el reinado de Felipe IV. El año de 1661 vivia este

alegre y festivo monarca, y desde entonces á 1851 que reina felizmente Isabel II, van transcurridos ciento ochenta y seis años, es decir, que este tiempo cuenta de fecha la romería indicada.

Parece que en un principio fué inaugurado el Entierro de la Sardina por el gremio de zapateros, que acostumbrados en lo que llamaban antes las *zapaterías viejas* á tomar las once, se valian de una muger, guisandera de profesion, que les facilitaba una sardina frita por un cuarto casi todo el año; y con esta, una libreta y un trago de vino, les apagaba el hambre hasta la hora de comer.

Como en aquel tiempo las cuaresmas y los ayunos se observaban con mas rigor que ahora, los honrados artesanos que tenian que verse privados forzosamente por cuarenta dias de comer la sardina, inventaron enterrarla el miércoles de ceniza, haciendo esta ceremonia motivo de francachela bautizada con vino de Valdepeñas y los adherentes necesari-



La reina Victoria y el principe Alberto, abriendo el parlamento.

rios á una merienda campestre en la deliciosa pradera de Lujan, hoy canal de Manzanares.

Está, pues, reducida esta fiesta á que concurren desde por la mañana muchas familias de campo. Allí comen, beben, bailan, retozan, y cuando son visitados por la tarde, si el día se halla bueno, por los curiosos que van á pasarse y á reírse de las ocurrencias y gracejos que pasan, se reúne una muchedumbre en forma de grupo, ponen la sardina en un palo muy alto, la llevan cantando el gori gori con detenciones de bota para remojar la palabra, hasta que llegan al lugar donde tienen abierta la sepultura; la entierran y cada rancho se viene á su casa, tocando sus biguelas y panderas recogiendo á entregarse después á sus faenas diarias.

Aquí está descrita la sencilla función del Entierro de la Sardina; función inocente, inofensiva, y que no trae mas consecuencias que las de pasar el día alegremente, para prepararse á los ayunos y oraciones de la Cuaresma.

Pues bien, si estas costumbres populares que vienen de generación en generación y son respetadas en todos los países civilizados y no civilizados, no afectan en nada á la religión ni á la política, ¿por qué se quería privar al pueblo de Madrid de esta romería tan antigua y consentida hace 186 años?—En el mismo Roma, en la residencia del Vicario de Jesucristo, ¿no se toleran en el carnaval, y fuera de él, fiestas de igual clase?—El baile conocido por de *Piñata*, que no conocimos en España hasta el año 1836, ¿de dónde vino? de Italia; pues este baile en el mismo Roma, Nápoles y Florencia, se da en la primera semana de Cuaresma.

Luego está probado que no ha sido político ni prudente querer privar al pueblo de una costumbre tan añeja; y que si bien el gobierno ha hecho justicia á la población no era asunto que, por su puerilidad debió llevarse al parlamento y ocasionar disgustos y crisis entre autoridades por la estraña pretensión del Vicario.

En los anales romerescos del pueblo de Madrid queda ya el *Entierro de la Sardina* á una altura que no se olvidará fácilmente por la importancia que se le ha querido dar, en el mero hecho de intentar abolir esta fiesta. J. L.

REVISTA DE MADRID.

Pasó el Carnaval, alegre y loco en las calles; triste y silencioso en los salones.—Muchos años há que estos no daban tan escasas señales de vida; muchos años há que aquellas no ofrecían un espectáculo tan pintoresco ni tan animado.—Mientras únicamente el régio alcázar abría sus puertas á la turba inmensa de los convidados oficiales y no oficiales, mientras la buena sociedad se lamentaba de la escasez de diversiones, el pueblo madrileño, vistiendo caprichosos disfraces, figurando ingeniosas caricaturas, poblaba las calles, las plazas, los paseos de nuestra bella capital. Nunca hemos visto mayor número de gentes con careta; nunca la estravagancia ni la escentricidad han llegado á mas alto punto.

En todo hay modas; en lo bueno como en lo malo, en lo grande y en lo pequeño, en lo sublime y en lo ridículo, en lo alto y en lo bajo: este Carnaval ha sido, pues, moda disfrazarse los hombres de muger. En el Prado, casi todos los pollos que ostentan diariamente su naciente bigote, su exiguo paletot, y su piramidal sombrero, habian trocado estos arreos varoniles por el vestido de volantes, la manteleta de armiño, el gorro de crespon, y el manguito de marta.

Ni se limitaban á eso solo estas mugeres de circunstancias: por la noche en los bailes públicos, en Oriente como en Villa-hermosa, en la Cruz como en la Juanita, en el Liceo Matritense como en la Carrera de San Francisco, en todas partes en fin, abundaban infinito aquellos seres anfibios, capaces de dar un chasco al mas listo. La broma inolvidable del año último, entre el señor M... y el hijo del marqués de S... ha tenido este año muchísimos, aunque no tan felices imitadores; y son varios los lances mas ó menos chistosos que se narran en los cafés y en las tertulias, producidos por tales cambios de sexo.—El mejor de todos, sin duda, ha sido el de que fué héroe el jóven duque del ".....", que engalanado con sedas y blondas, cubierto el talle con un rico doninó de raso negro, estuvo para ocasionar un desafío entre dos de sus mas íntimos amigos, que se disputaban sus favores.

La desconfianza por semejantes *contrefaçons* habia llegado hasta el estremo de ser examinada é interrogada cuidadosamente cualquier máscara que iba á hablar á un hombre; y si su aspecto era algo masculino, si su estatura era elevada, si sus formas estaban bastante desarrolladas, huían todos de ella, á pesar de sus protestas, á pesar de la correspondiente exhibición del pie y de la mano.

El martes de Carnaval, un chusco se divirtió en sembrar a duda y la sospecha en el corazon de los que saboreaban las delicias de alguna broma interesante. En cuanto nuestro *quidam* veía una pareja, se acercaba misteriosamente á él, y le decía en voz baja, para que ella no se enterase:

—¿Conoce V. á esa máscara?

—No por cierto, y me trae loco.

—Yo sé quien es.

—Entonces dígamele V. por Dios!

—No me descubra V., porque he prometido callar.

—Guardaré el secreto.

—Pues bien, esa máscara que á V. le ha embromado dos horas, es mi amigo X...

Al oír esto el otro soltaba velozmente el brazo de su compañera, exclamando:

—¿Está V. seguro?

—¿Que si lo estoy? añadia el chusco riéndose. Como que se ha vestido en mi casa!

¡Cuántas señoras, y jóvenes, y bellas, y elegantes, se vieron abandonadas, gracias á esta hábil maniobra, de que á veces se aprovechaba su atrevido autor! ¡Cuántas para acreditar la legitimidad de su sexo, y el derecho con que vestían el traje mugeril, tuvieron que hacer concesiones mas ó menos peligrosas!—En cambio, alguna que se arrancaba la careta con el propio objeto, producía mas terror en los que a contemplaban que si se hubiesen encontrado con un rostro narudo y caracterizado.

Los bailes del domingo y del martes nan orecido una animación y una alegría que hacían recordar la época en que

tales diversiones se hallaban en su apogeo: casi toda la alta sociedad de Madrid, *faute de mieux*, poblaba los salones de Oriente y de Villa-hermosa; era imposible dar un paso por ellos sin encontrar un lindo rostro, que se adivinaba detrás del tafetan y del raso, como se adivina el sol detrás de las nubes que le velan: era imposible dar un paso sin oír una broma culta y amable, sin tropezar con una mano fina y elegante que le tendían á uno como en señal de afecto y de amistad. En los palcos del teatro Real, veíanse instaladas solemnemente, aunque con el semblante cubierto, por un exceso de precaución, á sus bellas y aristocráticas abonadas; en unos se reunían los círculos y tertulias particulares: en otros se reía y se embromaba; en alguno hasta se cenaba.—Si nos fuese dado referir la historia secreta de un palco de platea que ayer se contaba públicamente en el Casino!.. Si pudiésemos narrar las diferentes escenas de toda una novela de costumbres que tuvo por escena aquel reducido espacio!...—Pero aunque falta todavía el apéndice del Carnaval, la célebre *Piñata*, —nunca mas célebre que ahora por los sucesos que ha producido juntamente con el *Entierro de la Sardina*;—aunque falta todavía un día de esos en que son permitidas todas las indiscreciones, nosotros profesamos mucho respeto á lo que en el estilo galo-hispano corriente, se llaman las *conveniencias sociales*.—Apresurémonos á decir sin embargo, para evitar malignas interpretaciones, que la aventura en cuestion, muy cómica, muy original, y muy divertida, no pertenece al género escandaloso.

Además de los bailes públicos, mañana dará uno en su magnífica casa de la calle de Alcalá el opulento capitalista don Bartolomé de Santamarca, quien estrena con él sus espléndidos salones, y despide la temporada, tan larga como esteril esta vez, del Carnaval de 1851.—En las papeletas de convite se espresa que los invitados, sin escepción, deben presentarse con traje y careta, lo cual comunicará mayor interés á la fiesta, que tiene tambien el de ser la última del invierno.—Igualmente recibirá mañana la Sra. condesa del Montijo.

Dícese que durante la Cuaresma alternarán en Palacio los conciertos con las representaciones líricas: en los primeros tomarán parte los mas eminentes artistas del coliseo de Oriente; y para las segundas ensayan los cantantes de cámara la *Luisa Miller*, ópera célebre de Verdi, no conocida aun en Madrid, y cuyo estreno está fijado para el día de S. José.—Tambien se asegura que en cuanto llegue abril se trasladará á Aranjuez la corte, y que en aquella poética mansión de las rosas y de los ruiseñores se dará el 27, cumpleaños de la Reina Madre, un brillante sarao.

En medio de la alegría y del bullicio de la semana, un deplorable, un trágico acontecimiento ha venido á recordarnos todas las miserias y todos los dolores de la vida humana. En el sitio mismo donde las turbas de enmascarados se entregaban al placer y á la broma, allí donde resonaba su atronador guirigay, allí donde gran parte de la población madrileña comía, reía, y bailaba, un jóven infeliz, un desventurado poeta, el Sr. D. José de Iza, ponía fin á su temprana existencia arrojándose al canal. Ignoramos los motivos que pueden haber influido en tan desesperada resolución, pero bien revelaba el estado de su espíritu una comedia, un drama en un acto que leíamos el domingo, vispera de su suicidio. En aquella obra, la postrera del señor Iza, todo es triste, todo amargo, todo lúgubre; el título *¡Hasta la muerte!* no puede ser mas fatídico, los caracteres, los pensamientos, la acción, el desenlace lo son igualmente. La protagonista, pobre jóven, tan fea como sensible, se vuelve loca cuando vé que el hombre á quien adora en secreto ama á su vez á una hermana suya, de belleza peregrina: mas su demencia toma un carácter singular; figúrasele haber muerto, y que muerta habla, y oye á cuantos la rodean. Es imposible imaginar obra mas melancólica, y hoy por desgracia puede juzgarse que estaba en armonía con la situación moral del poeta.

Iza ha muerto jóven, muy jóven,—á los 20 años,—dejando en el desconsueio á una madre tierna, y á sus numerosos amigos. Las esperanzas que su talento hacia concebir se han malogrado, y solo quedan del infeliz poeta algunas composiciones muy bellas, y el drama *¡Hasta la muerte!* presentado al Teatro Español poco antes de tan horrible catástrofe.

Tambien el señor Martínez de la Rosa ha enviado á la junta gubernativa del mismo coliseo otro drama en cinco actos y en prosa, que se titula *Amor de Padre*,—como una comedia representada ha dos sem nas en el Instituto.—El reglamento porque se rije dicha junta, no permite hacer escepción en favor del eminente literato, ni de otro alguno, y así el señor Rubi se verá obligado á someter la obra á los trámites y formalidades á que se someten las de todos los autores.

Parece que el señor Martínez de la Rosa ha leído últimamente en su casa á un crecido número de escritores y amigos la composición á que aludimos; y aunque cuantos la oyeron ponderan sus bellezas, es unánime la opinion de que aquella ganaría infinito si los cinco actos de que consta se redujesen á tres. Por lo demás, háblase con encomio de lo dramático de su asunto, tomado de la revolucion francesa de 1789; de lo terrible de las situaciones; y en fin, de otras dotes que resaltan en la nueva hermana de *Edipo*, y de *La Conjuracion de Venecia*. RAMON DE NAVARRETE.

MEJORAS DE MADRID.

ESTÁTUAS Y MONUMENTOS PÚBLICOS.

Madrid, aunque pueblo antiguo, es como capital de una monarquía y con la escepción de san Petersburgo, la corte mas moderna de Europa, y carece por lo tanto de aquella grandiosidad de detalles, de aquella magnificencia del conjunto que ostentan las antiquísimas metrópolis de Francia, Inglaterra, Alemania é Italia. Conocida es de todos la fecha en que el hijo de Carlos V. fijó la morada de los reyes y del supremo gobierno á las orillas del humilde Manzanares, y conocida tambien la historia anterior y traslaciones de la corte de Castilla á Burgos, Valladolid, Toledo y otras ciudades; así como la de las demas capitales de los diez y ocho reinos españoles que se agruparon bajo el único cetro de los reyes católicos. En los monumentos de aquellos pueblos

metropolitanos está representada nuestra antigua historia, mas bien que en la modesta villa del oso y el madroño, que solo obtuvo la corona imperial del poderoso Carlos I y el título de córte de su hijo y sucesor Felipe II.—No es extraño por lo tanto, que Madrid, pueblo interior y de poca importancia relativa hasta aquella fecha, no conserve hoy despues del transcurso de casi tres siglos sino muy raros y mezquinos testimonios de su pasada vida, de su vida propia y anterior á la que recibió posteriormente por el impulso y esplendor del trono. Sus antiguos templos, de que hoy quedan algunos para servir de término de comparación, como santa María, san Pedro y san Andrés; los primitivos monasterios, á escepción de santo Domingo el Real y san Gerónimo, fundados ó costeados por la munificencia del Real; las estrechas y tortuosas callejuelas de los antiguos barrios, sus mezquinas plazas, los destartados casarones de la nobleza propia de esta villa, de los Vargas y Toledos, Luzones y Lujanes, revelan aun claramente lo que pudo ser en los siglos anteriores la que despues se glorificó con el título de *Capital de ambos mundos*.

Elevada á tan alto rango, cuna de magníficos monarcas, centro de su acción y poderio, disco refulgente de aquel sol español que alumbraba constantemente con sus rayos á los países mas remotos del orbe, no creció sin embargo en grandeza y material ostentación, como pudiera esperarse de tan inmenso trueque de fortuna; y si bien extendió considerablemente sus límites, formó nuevas rectas y anchurosas calles, y vió erigir en ellas multitud de grandes monasterios, iglesias y caserío, todavia no podia compararse en los principios del siglo anterior, no diremos con las antiguas capitales de Europa, pero ni aun con los de las mismas provincias españolas.—Los caudales del nuevo mundo arribados al real tesoro de Madrid, sirvieron durante la dinastía austriaca para atender á las ruinosas y lejanas guerras, para fundar inmensos monasterios, para disiparse en fiestas palacianas, en intrigas de corte, en juegos del circo, en cañas y torneos.—Esta es la verdad, y el prisionero agosto de Pavia, en 1525 y el príncipe de Gales en 1623 y el envío del Shaa de Persia en 1601, y el del Gran señor algun tiempo despues, pudieron seguramente sorprenderse de que el trono del monarca español, que tanto brillaba de lejos, estuviera asentado en tan impropia y mezquina mansión.

Y lo mas singular es que la riqueza y poderio de la dinastía Austro-Hispana, cuyo influjo y beneficios alcanzaban á los diversos y apartados límites de su imperio colosal, al propio tiempo que fundaba magníficas ciudades en Nueva España y el Perú, en las remotas regiones orientales, en las islas de todos los mares y en las estendidas costas africanas, al paso que enriquecía en Europa con magníficos monumentos, templos y palacios, castillos y acueductos, puentes y arcos triunfales á Nápoles y Milan, Bruselas y Amberes, Génova y Lisboa, y que en la misma España prodigaba sus tesoros, immortalizaba á sus artistas con las grandiosas obras del Escorial, del Alcázar de Toledo, del palacio del Emperador, y la catedral de Granada, de la Lonja de Sevilla, y de otros infinitos monumentos en todos los pueblos del reyno, vieran con indiferencia, ó por mejor decir, con descuido, el lento desarrollo de su corte principal, contentándose con dotarla de algunos templos medianos, pero sin elevar uno competente para ocupar el rango de la primera catedral del reyno; sin una fábrica importante, sin un palacio notable, sin una obra en fin grandiosa y digna de una corte tan principal.—La puente Segoviana, obra de Herrera bajo Felipe II; la Plaza Mayor obra del tiempo de Felipe III; y el Buen Retiro, sitio de recreo del ligero Felipe IV, son los únicos testimonios de su poder y afecion que dejaron á Madrid los monarcas de la dinastía austriaca; y al transmitir su menguado imperio al nieto de Luis XIV, este jóven animoso, nacido y criado en la esplendente corte de Versalles, pudo y debió echar de menos su magnificencia y alhagos, cuando atravesando yermas campiñas, miserables aldeas, y escabrosos caminos, llegara á verse encerrado en el vetusto y desmantelado Alcázar de Madrid, ó recorriese sus calles tortuosas costaneras y sin empedrar, su mezquino caserío, sus menguadas tapias y puertas, sus paseos, menguadas fuentes, y ausencia total de ornato y policía, de alumbrado y de comodidad; y no podría menos de reír, al leer los hiperbólicos encomios de los Pinelos y Davilas, Quintanas y Nuñez de Castro, y otros historiadores Matritenses, sobre las grandezas de esta villa que entusiasmaban á los unos, estasiaban á los otros, y hacían prorumpir al último en su donoso libro titulado *Solo Madrid es Corte*.

El hecho es que, considerada bajo el aspecto material, solo llegó á serlo desde el advenimiento de la augusta casa de Borbon. Felipe V. que pagó la afecion de este pueblo hácia su persona por lo menos con otra igual, dió el grandioso impulso de su regeneración ulterior. A su voz enérgica y poderosa se elevaron el Real Palacio, el puente de Toledo, el cuartel de guardias, el grandioso templo de santo Tomás, las fuentes públicas, los teatros de la villa, y otros cien monumentos de utilidad y grandeza; y si bien no fué del todo secundado en sus ideas regeneradoras por el mal gusto que reinaba á la sazón, tambien supo acometer la grandiosa empresa de reformarle de raíz con la fundación de Academias y cuerpos científicos, digno plantel de los hombres distinguidos que habian de brillar despues.—Alguna cosa aunque poca, añadió tambien al esplendor de la villa capital el piadoso monarca Fernando VI, y aun dejando hoy á la crítica histórica el apreciar el uso que hizo de sus tesoros, y si los ochenta millones que gastó en la fundación del monasterio de las Salesas pudieron emplearse con mas general utilidad en dotar á Madrid de aguas, de caminos y de paseos, establecimientos y edificios útiles, todavia tiene que agradecer esta villa á aquel monarca, la magnífica via del puerto Arce, y la puerta de Recoletos.

Estaba reservado al gran Carlos III, hijo tambien de Madrid, el cambiar la faz de la villa capital; y no solamente impulsado por sus grandiosas y elevadas miras y secundado afortunadamente por artistas dignos, los Rodríguez, Villanueva y Sabatini, supo dotarla de edificios magníficos, como la Puerta de Alcalá y la de San Vicente, la Aduana, Correos, Museo, Fábrica Platería, de Cigarros, Casa de Gremios, Caballerizas Reales y Hospital General; no solo la enriqueció con los magníficos paseos del Prado y sus bellas

fuentes, con el de la Florida, las Delicias y otros, abrió el canal de Manzanares, fundó el Jardín Botánico y el Museo de Historia natural, y otros muchos establecimientos que hoy ostenta con orgullo, sino que atendió é impulsó energicamente la reforma general de la policía urbana, estableció el empedrado, la limpieza y el alumbrado de las calles, abrió nuevas alcantarillas y fuentes, atendió á la pública seguridad con la institucion de los barrios, á la beneficencia con la de las diputaciones de los barrios, y á la instruccion con las escuelas públicas de caridad.

Muy atrás se quedó ciertamente en este movimiento de proteccion hácia el pueblo de Madrid el hijo de aquel gran rey, el descuidado Carlos IV, y apenas si de su largo reinado pueden hoy citarse algunas obras de utilidad en nuestra villa. La invasion francesa, que nos dejó por triste legado, vino despues á cubrirla de ruinas; pero dió lugar á que restaurada despues con el mejor gusto de la época haya marchado rápidamente en la via de las mejoras; de manera que sino presenta hoy todavía el aspecto de una capital magnífica, puede sin embargo ser apreciada como un pueblo bello, elegante y digno del título de córte.

No es de este lugar el entrar en los infinitos detalles de aquella mejora, ni señalar tampoco las que mas especialmente se han verificado de algunos años á esta parte; por hoy nos contraeremos al asunto que motiva el presente artículo, y para resumir la introduccion que hemos creído conveniente hacer, nos permitiremos una observacion que nos parece propia; á saber—que solo á Carlos III, le ocurrió que Madrid era su córte, y que solo en nuestro siglo ha caído Madrid mismo en la cuenta de que es la capital del reino.

Esta capital, creada de real órden en 1561, no puede, es verdad, como queda dicho arriba, ostentar magníficos monumentos, restos venerables de una antigua é importante historia; no los conserva tampoco apenas del primer siglo y medio de su dominacion, de aquel tiempo en que tan gran papel hacia en el orbe, bajo el brillante cetro de la dinastía austriaca; y debe á la casa de Borbon su verdadero y sólido engrandecimiento, y especialmente á la época contemporánea sus mayores comodidades y su actual esplendor.

A aumentar hasta donde es debido aquellas ventajas que tiene derecho á reclamar la capital de la monarquía española; á atraer á su seno aguas abundantes para alimentar á su vecindario, impulsar su industria y fertilizar sus áridas campiñas; á dotar á sus cercanías de mayores vias de comunicacion; á ensanchar sus límites y regularizar sus comunicaciones interiores; generalizar los conductos subterráneos, mejorar su sistema de limpieza, de empedrado y de iluminacion; á embellecer su caserío, sus paseos, sus mercados, sus establecimientos útiles, á levantar un templo catedral digno de la córte de los reyes católicos, y á hacer en fin algo de lo mucho que aun falta que hacer, es á lo que está llamada la generacion actual de nuestra villa.—Nosotros, hijos de la misma, y especialmente dedicados á su desinteresado servicio, procuraremos por todos los medios que estén á nuestro alcance promover é impulsar aquel grato movimiento, y dedicaremos sucesivamente nuestra pluma y demas medios á tratar de todos aquellos ramos; pero contraídos hoy á menos importantes objetos, espondremos nuestra opinion sobre las estatuas y monumentos públicos, que aunque parecen ser un objeto accesorio ó de puro adorno, nosotros los consideramos como páginas históricas y artísticas que revelan al forastero la vida de un pueblo y las fases sucesivas de su civilizacion y su cultura.

La villa de Madrid en su prolongada indolencia, descuidó absolutamente durante casi tres centurias no tan solo el erigir algunos de aquellos monumentos, duraderos testimonios de su patriotismo y de sus adelantos, sino que ni aun se la pasó por las mientes el disponer sitios á propósito, puntos de vista alhajados, plazas monumentales, anchas y despejadas avenidas; y á escepcion de la Plaza mayor y la del mediodía del real Palacio, apenas existia sitio donde colocar decentemente una estatua, una columna, una fuente monumental; así como si no fuera por la Puerta de Alcalá, digno arco triunfal erigido para perpetuar la entrada del gran Carlos III, tampoco quedaria monumento alguno de gloria erigido en los siglos anteriores en la córte española.—Los monarcas de la dinastía austriaca, que no dejarían de caer en este descuido de su *mayor leal villa de Madrid*, tuvieron la precaucion de erigirse estatuas á sí mismos; pero como mandadas y costeadas por ellos, no se les ocurrió el dotar á los madrileños con aquel regalo, sino que las encerraron y levantaron para su propio uso en sus reales sitios de recreo; Felipe III tuvo la suya en la Casa de Campo, Carlos V y Felipe IV en el Buen Retiro, y Felipe II en el Escorial.—Los monarcas de la casa de Borbon, dejaron descansar en sus apartados pedestales aquellos antecesores de la rival dinastía, y á la villa de Madrid tampoco se le pasó por la imaginacion engrandecer sus plazas con la efigie del fundador de la córte, Felipe II, ni de su regenerador Carlos III.—En cuanto á los hombres ilustres que han inmortalizado á la nacion con las armas ó las letras, tampoco el Concejo de Madrid tenia que ver nada con ellos, y así es que la actual generacion recibió esta villa limpia y escueta de todo monumento de adulacion monárquica, de entusiasmo histórico, ni de progreso artístico.

Honor y gloria son debidos al rey don Fernando VII, que no solo dió el ejemplo de aquel movimiento, sino que haciendo abstraccion de preocupaciones que por entonces hallaban favor hasta en pueblos muy adelantados, dedicó y levantó en Madrid el primer monumento público y la primera estatua, y no como quiera á alguno de sus augustos progenitores, no á algun príncipe ó magnate histórico ó político, sino al príncipe de los ingenios españoles, al pobre manco de Lepanto, al cautivo de Argel, al autor inmortal del *Quijote*.—El monumento fúnebre del *Dos de Mayo*, decretado por las córtes del reino; la puerta de Toledo dedicada á Fernando VII por el Ayuntamiento de Madrid; el obelisco de la Fuente Castellana, y la fuente de la Red de san Luis, erigidos en memoria del nacimiento y jura de la actual reina doña Isabel II, desplegaron en el reinado anterior aquella idea; y en el actual se la ha dado mayor latitud, con la traslacion á la Plaza Mayor y á la de Oriente de las estatuas ecuestres de Felipe III y IV, y la ereccion de la de Isabel II, delante del Teatro Real.

Pero en nuestra opinion, y siguiendo el sistema de ver en esta clase de monumentos algo mas que una obra artística ó

un objeto de adorno, y creyendo que en su eleccion y colocacion debe guardarse la mayor analogía con la historia local, para servir de páginas vivas y elocuentes de los hechos históricos, pensamos que no todas aquellas estatuas están hoy bien colocadas, y que en los sitios que ocupan hacen falta otras mas oportunas.

Creemos, pues, que en la plaza de Oriente, del real Palacio, y en el centro del círculo de los monarcas y caudillos de los diversos reinos españoles, debía alzarse la estatua de la gran *Isabel la Católica*, que, á mas de ser la mas grande figura histórica de nuestro país, reunió en su mano los diversos cetros que empuñaron aquellos monarcas; y en la del mediodía, tan desamparada y sola, la espresiva efigie de Felipe II, á quien Madrid debe el rango de Córte, ó la de Felipe V que levantó aquel palacio y fundó en nuestra España la dinastía de Borbon.—En cuanto á la de Felipe IV que se trajo del Retiro para colocarla á falta de otra en la primera de aquellas plazas, nosotros la volveríamos á aquel real sitio, fundacion del mismo monarca, y donde habla algo á la imaginacion la imagen del protector del Conde-Duque, del caballeresco ingenio de esta córte.—La de Felipe III, colocada en la Plaza Mayor está en su sitio propio, porque es lo único que legó á Madrid su reinado.—La que existe en el Museo, del emperador Carlos V, debe ser colocada en la plazuela de la Villa, delante del palacio del cardenal Cisneros, y de la Torre de los Lujanes en que estuvo prisionero Francisco I.—La de Isabel II diria mejor delante del palacio del Congreso, levantado en su reinado, y abierto por sus manos.—Y la de Cervantes (que se despega naturalmente de aquel sitio) la trasladaríamos á la plazuela del Angel, delante de la embocadura de la calle de las Huertas, donde habilitáramos aquel grande ingenio, *frontero de las casas donde solia vivir el príncipe de Marruecos*.

Por último, creemos que la villa de Madrid tiene un gran deber que cumplir, erigiendo una estatua digna al inmortal Carlos III, su hijo y verdadero restaurador, la cual pudiera colocarse en el medio punto que se forma entre el Museo y el Botánico en el paseo del Prado; y al frente de la real Platería, creaciones todas de aquel gran monarca; ó en la Puerta del Sol, á la vista de los edificios de la Aduana, Correos, Imprenta, Historia natural, y otras obras suyas tambien, y sitio principal de Madrid.

De este modo, la córte de España, ostentando sus sentimientos patrióticos y de gratitud á los monarcas que la han engrandecido, ofreceria tambien la proteccion que debe á las artes, y pruebas materiales de su patriotismo y su cultura.

R. DE MESONERO ROMANOS.

CRITICA LITERARIA.

DICCIONARIO MATRIZ DE LA LENGUA CASTELLANA POR D. RAFAEL MARIA BARALT.

Hace mas de dos meses, que con gusto de algunos, maravilla de otros, y aplauso de muchos, corre impreso el prospecto de la obra con cuyo título encabezamos el presente artículo, y entre tantos periódicos como salen diariamente de nuestras imprentas y tantos ingenios como lucen en nuestras reuniones literarias, no ha habido todavía, que sepamos, quien dedique algun rato de ocio á dar á conocer al público la alta empresa comenzada, prestando de paso la alabanza y estímulo que merece al laborioso é inteligente autor de tal libro. (1) Y en verdad que semejante descuido no debe proceder de la muchedumbre de obras semejantes que por acá corran, ni de lo vulgar ó fácil de la empresa, porque tales tareas, mas sólidas que brillantes, son rarísimas aun en otras naciones, y de tan probada dificultad, que pocos, poquísimos son los que se sienten inclinados á ellas. Pero en estos tiempos en que se elogia desmesuradamente todo aquello que con injusta acritud no se vitupera, acaso sea merecida distincion y alta señal de estima el desden que á obras de la naturaleza del *Diccionario* que nos ocupa.

Un párrafo del prospecto bastará á dar á nuestros lectores aproximada idea del género de importancia que alcanza la obra. Dice así: «Un Diccionario etimológico de matrices tiene precisamente y á la par, que ser un diccionario critico; éste, un vocabulario general de la lengua que se habla y se escribe en nuestro tiempo, no menos que de la lengua que se habló y se escribió en tiempos anteriores; y el todo una obra que comprenda los capítulos siguientes, si por ventura se desea aproximarla aunque de lejos á la perfeccion relativa que únicamente nos es dado alcanzar hoy en el estilo, por desgracia harto indeterminado é hipotético, de la etnografía y la lingüística. Deberá, pues, decimos, contener la foleografía y lo ortografía antigua y moderna; escribir las matrices con los caracteres alfabéticos de las lenguas de que proceden; seguir paso á paso la filiacion y trasformaciones sucesivas de esas raíces en las lenguas que las adoptaron, hasta llegar á la que directa é inmediatamente nos ha comunicado mayor ó menor número de ellas por medio de la conquista, el comercio, las comunicaciones científicas y artísticas ó cualquier otro; colocar los derivados y compuestos de toda raíz en grupos ó familias separadas, sin perjuicio de un índice general que contenga todas las dicciones de la lengua castellana, registradas por el órden comun alfabético; descomponer analíticamente todos los vocablos, dando la etimología y la definicion de cada una de sus partes integrantes; ordenar las definiciones de las voces conforme á un plan histórico, empezando invariablemente por las acepciones primitivas; comprobar los orígenes por medio del exámen comparativo de las mas antiguas formas de los vocablos derivados; registrar escrupulosamente todos los que pertenecen á nuestro idioma desde la época de su formacion; indicar, cuando mas no sea, las raíces que han dado nacimiento á nombres propios y á nombres geográficos; examinar cuidadosa y detenidamente los vocablos á la luz de la etimología para definirlos segun esta, y de conformidad con sus formas gramaticales donde quiera que el uso, á las veces caprichoso y siempre tirano, no ha producido un cambio completo y esencial en el valor de sus conceptos primitivos; y, en resolucion, seguir par á par, y en cuanto la permitan los materiales que poseemos, la historia de las voces, indicando la época de su introduccion, la manera como esta se ha hecho,

(1) Este artículo está en poder de la redaccion hace quince dias, cuando en efecto nadie había hablado aun de la obra.

la estension y duracion de su uso y el estado actual de sus acepciones y estructura.» Tan amplio programa dá harto lugar á que se dude de la posibilidad de la obra; pero el autor disipa de por sí mismo semejante duda, con la voz, como suele decirse, y con el ejemplo; con la una en el breve pero juicioso prólogo de su obra, y con la otra en ciertas páginas de ella, que por especimen ó muestra van adjuntas al prospecto.

Bien sabe el señor Baralt que en idioma como el castellano, que por tantas transformaciones ha pasado al través de los tiempos mas remotos y de las razas mas diversas, la empresa que acomete es mas difícil acaso que en nignun otro, con serlo mucho en todos. Ni oculta ni disminuye lo grave de la dificultad; sabe que no ha de tocar la perfeccion y se contenta con buscar lo posible. Mas si para buscar una raíz es preciso subir hasta el sanscrito, allí llega en pos, como no podia menos, de los vocabularios mas acreditados y de los mejores filólogos estrangeros; si conviene recordar vocablos egipcios, tambien los cita recogidos de las mejores fuentes. Donde naturalmente aparece mas exacto y camina con mas seguridad, es en el exámen de las raíces que provienen del hebreo, del árabe, del griego y del latin. La ocasion de estampar las raíces con sus caracteres naturales y el conocimiento estenso que de tales idiomas posee la moderna Europa, facilitan medios al señor Baralt para desarrollar como se propone, la historia de los vocablos castellanos desde la primera acepcion hasta la última; determinar su legítimo sentido, sus varios significados, su antigua y moderna estructura con todas cuantas noticias y circunstancias pueden convenir sobre el caso. Por ejemplo de esto y para escucharlos mayores, citaremos la palabra *amargo*, una de las comprendidas en las breves páginas que conocemos todavía del *Diccionario matriz*.

«Amargo es, dice el autor, no sin exactitud por cierto, lo que tiene gusto desapacible semejante al de ciertas plantas, como el ageno, la escorzonera y otras. Metafóricamente viene á ser lo que causa disgusto ó pena; dicese tambien, añade, de la persona que la padece, y es gracia delicada de nuestra lengua. Asi prosigue dando aun algunas acepciones, y luego busca por esta traza la historia del vocablo. En hebreo hay una raíz que se pronuncia *marar*, y significa ser amargo, ó por traslacion afligir, llorar, padecer; de aquí se le puso el nombre á la mirra por el sabor, llamándola *mor*; los israelitas, tambien dijeron *march* y *amarch*, por dolor y afliccion, *marir* ó *amarir*, por amargura, *mariri* y *amatiri*, por amargo y emponzoñado. Una raíz árabe y probablemente posterior á la hebrea, por consecuencia, lleva tambien la significacion de amargo, pero añadiéndole no sabemos si por el dolor que causa, la de apretar una cuerda ó torcerla fuertemente; tal raíz es *marra* ó *amarra*, de donde vienen *marr*, no muy distante como se vé del *mor* hebreo, que significa tambien mirra, al propio tiempo que cuerda y cosa amarga: *amar* ó *amaro* lo mas amargo, *marara*, amargor, amargura en castellano, y *mirra*, que no significa aquí lo que *mor* ó *marr*, sino hiel, lúlis y parte de una cuerda, acepciones que no difieren de las anteriores. Despues de *amar* y *amarbio*, encontramos el adjetivo latino de tres terminaciones, *amarus*, *amara amarum*, que es casi la misma palabra castellana *amargo*, que antes se decia tambien *amaro*. Pero hemos visto que la primitiva raíz hebrea *marar* se encuentra en árabe además de las acepciones de amargo y dolor ó afliccion, con la de cuerda apretada ó torcida fuertemente; así se dice tambien en castellano *amarrar*, y *maroma*, cuya procedencia si no tan evidente, en nuestro juicio, como otras, está sin embargo ingeniosamente presentada en el *Diccionario*. De esta serie de hechos y de acepciones resulta el agrupamiento de nada menos que treinta y ocho palabras castellanas en derredor de una sola raíz, las cuales son estas: amargo, amargaleja, amargamento, amargon, amargor, amargoso, amargosamente, amargote, amargura, amarguero, amarguillo, amarguísimo, amarguísimamente, amargura, amargar, amargado, amarguear, amarescente, amaricante, amaro, amarísimo, amaritud, amarrar, amarrado, amarradero, amarrador, amarradura, desamarrar, desamarrado, amarra, amarraron, amarro, maroma, maromero, maromilla, enmaromado, enmaromado y marros.»

El señor Baralt reparte toda esta doctrina que hemos esposto no sin método y discrecion, y aun en ocasiones con filosófica exactitud en las columnas de su *Diccionario*; no siendo posible transcribir aquí sin la propia forma y caracteres de que él usa, las definiciones y desarrollos del vocablo que acabamos de examinar, nos contentaremos con remitir á los curiosos el prospecto, para que juzguen si son ó no merecidas nuestras alabanzas, aunque harto lo habrán ya juzgado por la sucinta esposicion de la doctrina.

Y si despues de esto se dudára aun de la importancia de la obra, si no fuera acogida con general benevolencia por los doctos, con favor por el público, y con aplauso y alabanza por cuantos hablan la lengua de Castilla, de esta y de la otra parte de los mares, no sabríamos qué pensar del instinto literario de nuestra raza, ni del estado de civilization de tales pueblos. Pero no tememos que tal suceda. El señor Baralt debe continuar su obra con la propia fé y laboriosidad que hasta ahora para darla en lo posible pronta cima. Como él lo sabe ya, como ha emprendido sus tareas teniendo certeza de ello, seria odioso indicarle que no puede prometerse sino tocar de lejos el objeto; que lo demás ha de quedar á ingenios posteriores, y al trabajo lento y simultáneo de muchos sabios. Recogiendo y ordenando lo conocido hasta aquí, hace un beneficio inmenso al habla y á las letras castellanas; bástete con tanta gloria para hoy. Llegará dia en que el *Diccionario matriz de nuestra lengua* toque una perfeccion suma sino completa; dia en que abiertos del todo á las naciones los tesoros del sanscrito y de otras lenguas orientales y septentrionales que apenas se conocen todavía, y examinada mas de cerca la palabra del desierto, el lenguaje apenas articulado y las puras raíces salvajes de Africa y América, adquiera una claridad vivísima la obra comenzada, y todo el mundo recordará entonces con gratitud en la vasta estension de territorio que cobijó el sòlio de la antigua España, el nombre de quien solo y con escasísimos medios, en nacion tan poco próspera y de tal desden para las letras, acometió el primero tarea tan grande. En el interin sirvanle de estímulo, á falta de otros mas autorizados, los antecedentes renglones.

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Navegacion aérea por M. Petin.

Numerosos esfuerzos se han hecho para que la aerostática sea algo más que un mero pasatiempo de física, un espectáculo de curiosidad. Pero á pesar de las meditaciones de los sábios, de los ensayos aventurados de los empíricos, y de los premios ofrecidos por algunos pueblos, la esencia de la aerostacion está todavía en mantillas. No queremos decir que el aerostato, aisladamente considerado, no haya hecho progresos; su construcción se ha perfeccionado; pero todavía no se le ha dado el alma, si podemos decirlo así, esto es, la inteligencia ó por lo menos órganos que puedan hacer obedecer al globo á la voluntad que le dirige. Y sin embargo, esta es la cuestión: si el objeto de la aerostacion debía ser siempre elevarse en los aires, y allí, en medio de una atmósfera más ó menos agitada, entregarse á merced de los vientos, *ludibria ventis*, esto equivaldría á permanecer en un gabinete con los pies en la chimenea y lanzando por diversion bolas de jabón, ejercicio menos fatigoso, y sobre todo menos arriesgado, sin ser más útil, que la ascension más allá de las nubes. No tenemos todavía sino el instrumento; pero es preciso saber servirse de él, dominarlo, dirigirlo, en fin, ó resolverse á no tener jamás en las manos sino un miserable juguete de niños. Por esta razon hallamos en este camino á todos los inventores; tal es la solución de este problema, al que muchos ilustrados pensadores han consagrado sus vigilias sin haber obtenido todavía los resultados á que aspiraban.

¿Diremos lo mismo de Mr. Petin, cuyo nombre hemos estampado al frente de este artículo? Entre el *quién sabe* y el *puede ser* media un mundo entero, y hacia ese mundo que divisamos sobre nuestras cabezas, quiere elevarse el nuevo inventor y darnos desde él su última demostracion y probarnos su movimiento por medio de la marcha. Pero para conseguirlo no le basta el valor: es preciso que Mr. Petin inspire confianza, domine las convicciones, se haga conocer por último, y esto es lo que logra completamente si hemos de hacerle justicia. Ninguno de los que le han escuchado en París ha abrigado la menor duda mientras hablaba; tan lógico es todo lo que dice, tan rigurosas son sus deducciones, tanto anuncian las alas que impelen su máquina á medida que adelanta en su demostracion. Intentemos, siguiendo á Mr. Petin, dar á nuestros lectores una idea de los principios que sirven de base á su invencion, al mismo tiempo que les mostramos el gigantesco aparato que debe ponerlos en posesion de un nuevo mundo y del camino más corto para visitar el antiguo.

Hasta el día, los que se han propuesto dirigir los globos por el aire no se han ocupado bastante del estudio de las leyes naturales; esto parece una paradoja, y sin embargo, nada es más cierto. Espliquemos nuestro pensamiento. Uno

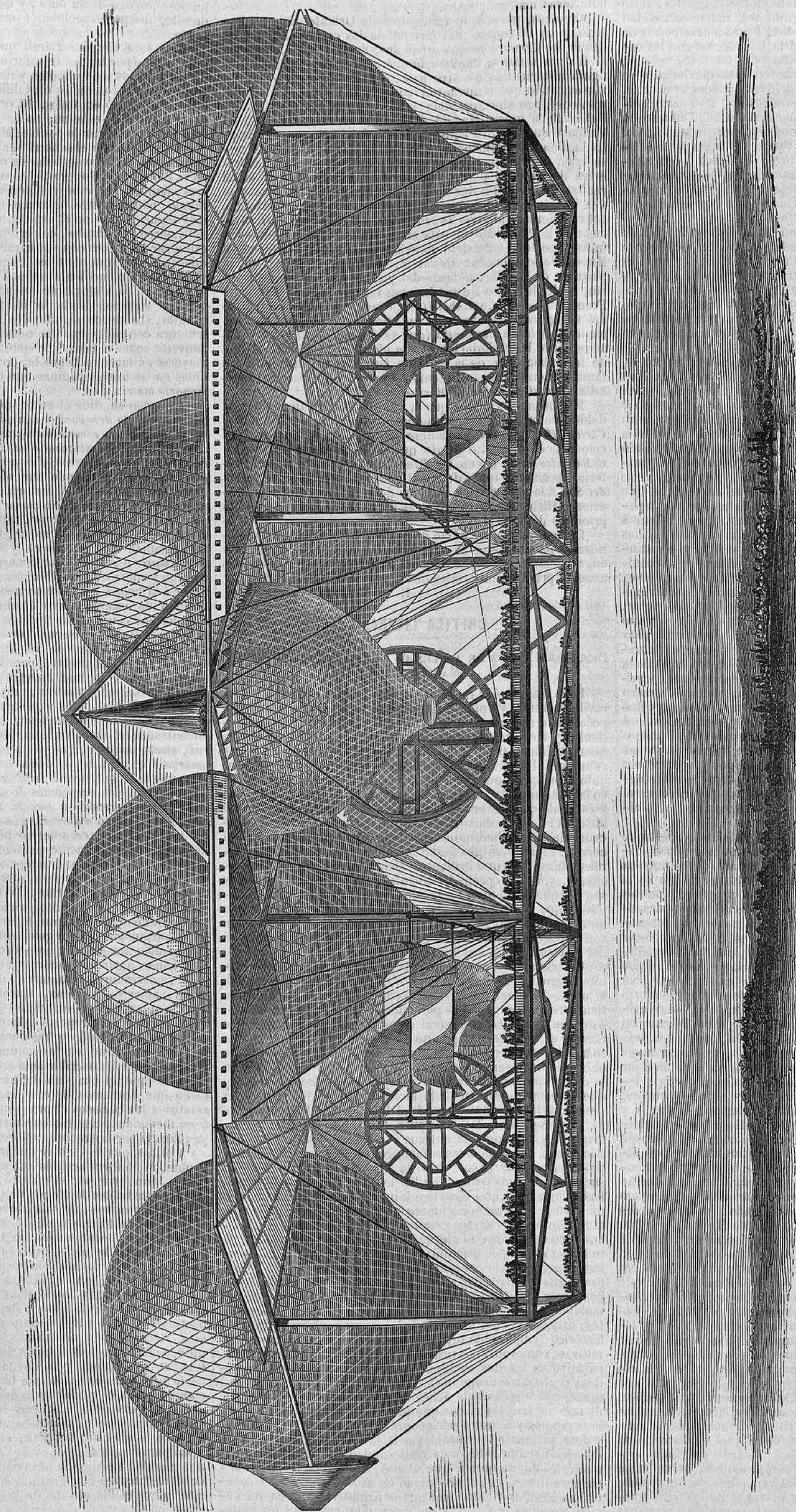
han estudiado el mecanismo de las alas del ave y han tratado de aplicarlo al globo; otros han buscado sus modelos en el seno de los mares, y para ellos la resolución del problema ha consistido en la construcción de un pez aéreo; pero

nirse sino por la combinacion de la accion, de la gravedad, con la resistencia del medio ambiente. Tal es la ley, cuyo descubrimiento ha servido de punto de partida á Mr. Petin; pero es preciso que la inteligencia distribuya la accion de la

gravedad de manera que se produzca movimiento: necesitase pues, para la locomocion una palanca y un punto de apoyo. Vamos á ver cómo se obtiene la una y el otro en la navegacion aérea. Hay en la naturaleza dos máquinas simples: la *palanca* y el *plano inclinado*: la palanca, que por medio de un punto de apoyo convenientemente colocado trasmite una de sus estremidades al esfuerzo que se ha producido en el otro: el plano inclinado que trasmite igualmente las fuerzas, pero debilitándolas. Hé aquí, pues, en tres palabras, todo el sistema de monsieur Petin: la palanca, el punto de apoyo y el plano inclinado. El punto de apoyo se encuentra en todas partes en la naturaleza: está en la tierra para el hombre y para los animales terrestres; en el agua para los peces, y en el aire para las aves; pero el Criador, en su admirable prevision, ha dado á cada animal la forma más adecuada al punto de apoyo que debe ayudar su movimiento; así, pues, para tomar nuestros ejemplos en la misma clase de seres animados, un gallo, cuyo pié se apoya en la tierra, tiene los dedos muy separados entre sí; en el anade, estos dedos están reunidos por una membrana que le permite hallar su punto de apoyo en el agua, y por último en el murciélago advertimos una inmensa tela que cuando está estendida lo sostiene en el aire. Por lo que toca al globo nuestros lectores no necesitan les digamos que es su punto de apoyo; pero vamos á decirles de qué manera establece M. Petin su palanca sobre este punto de apoyo para poder marchar y progresar en el aire.

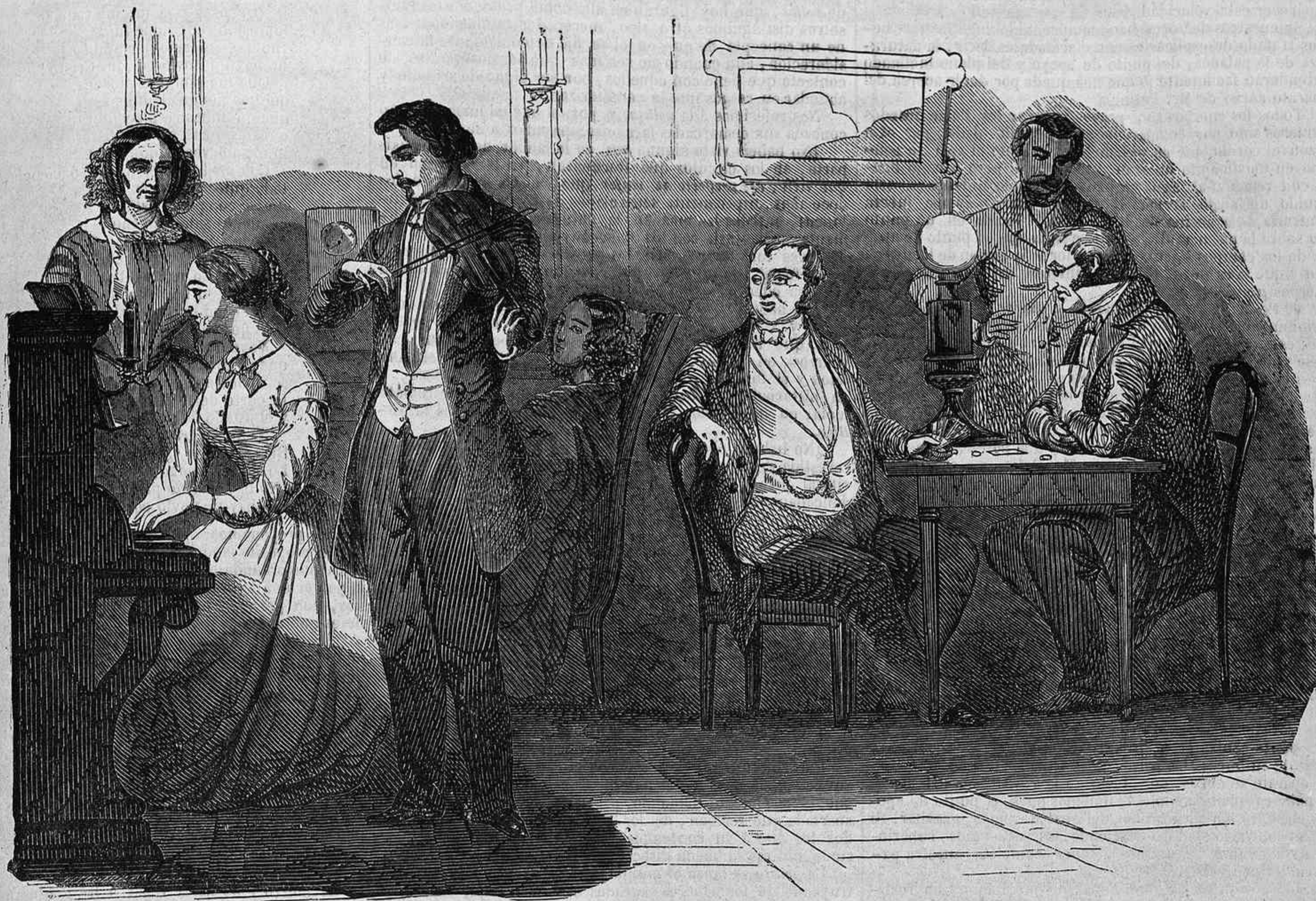
¿Cuál es en la naturaleza el papel del plano inclinado? Hemos dicho que trasmite las fuerzas, y puede concebirse bajo todas las inclinaciones desde la horizontal hasta la vertical, y conforme á cada una de estas posiciones las fuerzas que tiene por objeto retener en su movimiento obran con resultados diferentes. El rio corre sobre un plano inclinado, su curso es rápido ó lento segun la inclinacion de su fondo; si se quiere obtener con él un efecto poderoso, se construye un canal que le conduzca cerca de la rueda de un molino y una fábrica entera se pone en movimiento. Hé aquí cómo debe comprenderse que un plano inclinado trasmite una fuerza debilitándola: esa misma masa de agua que se precipita en pocos instantes de una altura de dos ó tres metros, invertiria un tiempo considerable en llegar al mismo nivel inferior si continuase corriendo sobre el plano inclinado que forma el fondo del rio. Supongamos un cuerpo grave abandonado á sí

mismo sobre un plano inclinado; en el primer segundo de su caída recorrerá cierto espacio; despues el movimiento se acelera constantemente, y esta ley de la naturaleza se formula en mecánica con estas palabras: los espacios recor-



Apárate aerostático de M. Petin.

ninguno, que nosotros sepamos, ha analizado las causas del movimiento del ave en el aire y del pez en el agua; ninguno ha reconocido, ó por lo menos ha partido del principio de que los crepos animados é inanimados no se mueven jamás á reu-



Las noches de invierno en la ciudad.



Las noches de invierno en la aldea.

ridos entre sí como el cuadrado de los tiempos empleados en recorrerlos. Siguese de esto, que mientras un cuerpo permanece sobre un plano inclinado, su velocidad aumentará y que solo sobre su plano horizontal podrá disminuirse y desaparecer esta velocidad.

Si nuestros lectores han comprendido bien lo que hemos tratado de explicarles con claridad, es decir, la naturaleza de la palanca, del punto de apoyo y del plano inclinado entenderán fácilmente lo que nos queda por decir acerca del aparato aéreo de Mr. Petin.

Todos los cuerpos son graves y no se les llama pesados ó ligeros sino por comparación á su medio dado; por esta razón el corcho que es pesado con respecto al aire se pondría en movimiento en el de arriba abajo; pero siendo ligero con relacion al agua se pondría en movimiento en este líquido de abajo arriba. El punto de apoyo es una fuerza contraria á la acción de la gravedad reunida en un punto fijo sobre la palanca; de lo cual se sigue que el punto de apoyo de los cuerpos ligeros es superior á la acción de la gravedad y que le es por el contrario inferior relativamente á los cuerpos graves.

M. Petin ha dado á su aparato la mayor potencia posible disminuyendo al mismo tiempo la resistencia que debía vencer; esta resistencia es el medio ambiente, es decir el aire. Háse pues dado una gran potencia empleando cuatro globos de inmenso volumen. Pero como en la esfera la capacidad crece como el cubo del radio, y la superficie solo crece en razón del cuadrado de este radio, un globo tres veces mayor que otro solo presentaría nueve veces una superficie, mientras que encerraría una capacidad ó una potencia ascensional veinte y siete veces mayor. Mr. Petin con el objeto de disminuir la resistencia ha colocado sus globos uno en pos de otro y ha armado la proa de su buque aéreo con un apéndice cónico para que mas fácilmente hienda el aire. Sus globos cada uno debe tener el diámetro del mercado del trigo de París ó sean noventa pies; están enlazados entre sí por medio de una estensa trabazón de madera de ciento cincuenta metros de longitud sobre sesenta y cinco de latitud, en la cual se colocarán los pasajeros. En medio de este vasto aparato se encuentran cuatro especies de para-caídas, dos encima y dos debajo en medio del plano medio cuyo objeto es el siguiente: Cuando el aparato abandona la tierra lo verifica en virtud de su ligereza con relacion al aire; su punto de apoyo es pues, superior á la acción de la gravedad que es la columna de aire situada encima de los globos. Esta resistencia á la ascension acaba de encontrarse en un solo punto centro de la palanca (la palanca es el aparato entero); entonces los para-caídas situadas debajo del plano del aparato se abren por efecto de la resistencia del aire y la palanca queda completa; tenemos pues, el punto de apoyo, el punto fijo en derredor del cual debemos gravitar. Si por el contrario el globo desciende, los para-caídas superiores se abrirán y volveremos á tener completa nuestra palanca.

Solo nos queda ya que indicar de qué manera ha realizado M. Petin en su aparato el plano indicado. La vasta trabazón que enlaza los cuatro globos está construida de manera que una parte de ella ya sea por delante, ya por detrás pueda ser abierta instantáneamente concebido un sistema de celosías, cuyas tablas se repliegan ó desenvuelven por medio de un mecanismo muy sencillo. Cuando una parte del aparato haya sido descubierta, la resistencia que el aire opone al movimiento vertical dejará de hacerse sentir sobre esta parte descubierta, mientras conservará toda su fuerza sobre la otra parte. Habrá pues, rompimiento de equilibrio: la palanca oscilará alrededor de su punto de apoyo, el aparato tomará una inclinación y se lanzará en la dirección de este plano inclinado; su velocidad aumentará y podrá de esta suerte recorrer espacios considerables; despues cerrando las tablas, la palanca tomará de nuevo la posición horizontal invirtiendo su velocidad en este plano horizontal. Esta maniobra que podrá repetirse tantas veces cuantas se quiera, ya sea hacia adelante, ya detrás, permitirá acelerar la marcha por los aires y dirigirse á un punto dado.

Hemos supuesto aquí que la marcha no se efectuaba sino en virtud del peso específico de los globos, pero hay otro elemento que debe entrar por mucho en el cálculo del aeronauta, y este es el viento que hasta ahora dirige por sí solo los globos; pero hay ademas el caso en que el aparato llegará á la region donde el medio ambiente se hallará en equilibrio perfecto con la fuerza ascensional del navio aéreo; será preciso entonces recurrir á otras máquinas capaces de engendrar las fuerzas de traccion necesarias á la progresion.

M. Petin ha establecido á este efecto dos turbinas horizontales que puestas en movimiento por el aeronauta, imprimen una progresion rectilínea en sentido del eje. Pueden ser tambien movidas por la resistencia del aire á fuerza de ascension; en este caso transmiten su movimiento á otros hélices de traccion colocadas verticalmente en la parte anterior y posterior de cada lado del aparato; fíjanse en cierto modo en el aire y ayuda la marcha. Compréndese fácilmente que estos hélices pueden producir movimientos laterales deteniendo al de un lado mientras que el otro continua moviéndose. Podrá pues, manejarse todo el aparato como se maneja un buque suprimiendo alternativamente uno ú otro hélice. Concíbese tambien que el movimiento de las turbinas horizontales, cuyo efecto será levantar ó bajar el aparato siguiendo una línea vertical le permitirá elevarse ó bajar en el aire sin arrojar lastre ó sin perder gas, único medio que puede emplearse para obtener la subida ó la bajada, y sin el cual es imposible toda locomoción distante y larga por defecto de las pérdidas continuas de las fuerzas del aparato. Las hélices movidas por la mano del hombre ó por una máquina en relacion con la magnitud del aparato, se fijarán igualmente en el aire que pudiera oponerse á la marcha, del mismo modo que un bajel sube á lo largo de una corriente rápida.

La pollita.

En medio del universal clamoreo, alzado en multitud de tonos y de maneras tan distintas, en contra de una clase que ha existido siempre, pero que tan solo en nuestros días ha alcanzado el honor de que se la examine,

hasta en sus menores detalles, y esto en gracia de sus intrusiones; á través del prolongado rumor que, insensiblemente, ha ido tomando formas gigantescas, encaminado á que abandonen la escena social los conocidos con el nombre de *pollas*, que hoy figuran en ella como protagonistas, nosotros distinguimos otro tipo, merecedor tambien por mas de un concepto de que en él se fije detenidamente la consideracion, aun cuando no sea mas que por los puntos de contacto que tiene con aquellos, por ser digno de estudio y abundar en rasgos que le caracterizan.

Nos referimos á la *pollita*, y por si hay alguien que no conozca sus demarcadas facciones, pasamos á describirla.

¿No habeis visto alguna vez, en la familia de que formais parte, en los círculos que frecuentais, en la sociedad en que vivis, ese *proyecto de mujer* que, al aproximarse á los doce años, experimenta sensaciones desconocidas hasta entonces, basadas las mas en la naturaleza misma; que alimenta su fantasia con los ensueños mas apacibles, con las ilusiones mas dulces, con los castillos de oro que levanta en su febril pensamiento, con las quimeras fugaces de la primera edad? Pues esa es la *pollita*.

¿No habeis visto muchas veces á la mugercilla, de doce á diez y siete años, que desdeña alternar con sus coetáneas, que improvisa un panteon á su muñeca y á sus cacharros, en lo mas apartado del desvan, proscribida el pantalón y el tonelete, trueca en *cocas* el pelo de sus rizos, y en historiado rodete el de sus trenzas, en cuyo remate lucia, no ha mucho, dos lazos azules? Pues esa es la *pollita*.

¿No habeis observado, á cada momento, la mugercita revestida de un continente grave, que ora se lleva la manecita al pelo, como para sentar los *bandós*, ora levanta delicadamente uno de los paños de su vestido, con el propósito de mostrar su menudo pié y la elegante botita; que pasea maquinalmente, que saluda con dignidad, que, cuando observa que la miran, levanta al cielo sus negros ojos, que se contempla en los cristales de las tiendas, y en el caso de los coraceros, y en los barnizados carruajes, y en el espejo que lleva en su pulsera? Pues esa es la *pollita*.

¿No habeis contemplado en las diferentes reuniones que frecuentais, á la encopetada niña, que califica de insípidas las atenciones y las galanterías que la dirigen los enamorados *pollas*, que no acepta sus ofrecimientos para bailar la *Varsoviana*, pero que, en cambio, delira por la espesa barba de los endurecidos *gallos*, y reclina dulcemente su perfumada cabeza en el brazo de su caballero? Pues esa es la *pollita*.

Por doloroso que sea explicar la causa de las aspiraciones estemporáneas de la mujer, habremos de convenir en que, generalmente hablando, proceden de la educacion poco acertada que reciben, de los ejemplos que se presentan todos los días á su contemplacion, y del descuido con que suele mirarse la buena direccion de sus naturales instintos.

La *pollita* se lanza al mundo, cuando debia estarse instruyendo de los deberes sagrados de buena hija, esposa, y madre.

En cambio, su mamá la repite, á cada instante, que es muy linda, que ya es tiempo de que ostente su belleza en los paseos y en las reuniones, donde la esperan tantos triunfos; y la niña no se sorprende, porque tambien se lo ha dicho la luna de su tocador.

Desconociendo, sin duda, el interés extraordinario que excita una muger ilustrada, descuidan completamente su educacion, conformándose empero con una vana superficialidad, que si al principio deslumbra, luego desconsuela, cuando, por efecto del trato, se realiza un triste desencanto.

Un célebre moralista ridiculiza en los términos siguientes la educacion que se dá á las niñas, por espacio de doce ó quince años. «Tente firme y derecha; ¿no ves que vas caída toda de este lado? Lo mismo andas que un pato: ¡qué boca tan puerca! No te toques la cara; levanta esa cabeza.» ¿Donde tienes los brazos y las manos? Saca esos piés hacia afuera; vuelve bien atrás esos brazos y esos hombros. etc.»

De manera que la *pollita* hace un especial estudio en distinguirse por lo acompasado de sus movimientos, por la esbeltez de su cintura, por la regularidad de su equilibrio, por la blancura de sus dientes, por el barniz de su mejilla, por la inmovilidad, en fin, de sus brazos y de su cabeza.

Su gabinete de vestir es un departamento digno de examen. En primer término se destaca el indispensable tocador de caoba con sus columnatas de ébano, su luna de cuerpo entero, provistas las numerosas gabetas con esencias de todas clases, col-creams, jabones de olor, polvos de la reina Pomaré, tohallas de hiel de vaca, tan recomendadas para proscribir las pecas, elixires, cosméticos, espuma de Venus, pastas, aceites y vinagres, etc., etc. Su doncella recibe *ante diem* las órdenes de la *pollita*, que halla preparada con la conveniente antelacion la abatistada camisa, el corsé á la *perezosa*, la almidonada enagua, el vestido de seda, color de canario, y la manteleta de terciopelo azul, con agraman del mismo color; los guantes paja, el blanco sombrero de crespon, en el que se ostentan dos preciosas dalias, y el tostado pañuelo de Manila.

Con este tren se lanza la *pollita* por esas calles de Dios, y cruza tiernamente sus miradas con el apuesto doncel que, colocado en su carruaje á la *Dumont*, ostenta sus conocimientos en la cuadriga, y aspira á deslucir al mismo *Automedon*.

Sucede, no pocas veces, que la *pollita* es hija de unos padres tan pobres como honrados, cuyos deseos estan en relacion inversa de su capital, lo que les priva del gusto de contemplar á su linda niña con el aparato deslumbrador, con el lujo insolente que para ella ambicionan. Sin embargo, esto no es un obstáculo para que á costa de que el estómago haga la *victima*, se atavie á la *pollita* con elegante sencillez, y se la encamine por sus papás *babiecas* al *Bolánico* (1), verdadero mercado, en donde se realiza mas de un contrato, y en donde merced á sus prendidos y á sus cintajos, logra llamar la atencion de las gentes que la tratan sin piedad, apellidándola, los mas benignos *pollita en rifa*. Pero cuando esta sufre un tormento desgarrador, es al volver á su morada lo mismo que salió, esto es, sin haber dado algun *flechazo*; en-

(1) Un paseo de esta corte.

tonces inclina su cabeza con desconsuelo, cruza resignadamente sus manecitas, y con el acento entrecortado, que revela todo el exceso de su pesadumbre, exclama:

«¿Qué desgraciada nací!
Bien pensado ¿á qué me visto?
lo mismo vengo que fui,
¡no hay merido para mí!
no hay un novio por un Cristo!

Que me ponga la pulsera,
que me ponga el alfiler,
que me muestre platerera,
que me torne grave, austera,
lo mismo vengo que ayer.

Con los hombres no hay paciencia,
todo quieren menos boda,
tengo completa evidencia,
la que les pide clémencia
aquella les incomoda.

Unas veces voy de chal,
otras voy de manteleta,
pero en eso no está el mal,
sino en mi corto caudal,
y en que dicen soy coqueta.

Vaya mi suerte al demonio,
que ya me carga y me irrita;
se opone á mi matrimonio
lo corto del patrimonio
y el estado de *pollita*.

¡Qué desgraciada nací!
Bien pensado, ¿á qué me visto?
Lo mismo vengo que fui.
¡No hay marido para mí!
¡No hay un novio por un Cristo!»

Nos proponemos seguir ocupando de tan interesante tipo, con el propósito laudable de contribuir con nuestros esfuerzos al mejoramiento de la educacion del bello sexo, llamado á ejercer una influencia directa en el bienestar de las naciones, con grandes derechos que comprender, con altos deberes que cumplir.

¡Ojalá que, al poner de manifiesto los vicios ridículos y aun mas los trascendentales, que hoy tan lastimosamente afectan á la sociedad en que vivimos, haya una madre que comprenda con toda exactitud lo tortuoso de la senda por que encaminará á sus pequeñas hijas!

¡Mucho nos halagaría semejante conquista!

JULIAN SANTIN DE QUEVEDO.

A LA SEÑORITA DOÑA CAROLINA CORONADO.

Muy señora mia: yo creí que despues de la graciosa cuanto verídica carta de V. se le compondría la máquina al camino de hierro y no haria viajar á las gentes á estilo de los Arabes del desierto. Confiado en esto me resolví á ir á Aranjuez el segundo día de Carnaval sin pensar que estábamos en tiempo de chascos. Por fortuna era tren especial y me liberté de los trabajos que cuesta el sacar billete y de la oposicion de no encontrarlo de vuelta como á algunos sucede. Salí pues, contento y lleno de ilusiones, y acriminando á V. porque con estilo festivo nos habia exagerado los inconvenientes del camino de Lierro. No quiero molestar á V. con la relacion de mis paseos románticos por los jardines ahora tan abandonados, y en el abril tan deliciosos. Como mi objeto solo es rogar á V. escriba otra carta tan graciosa como la primera á ver si los directores de esta empresa que tienen fama de galantes hacen mas caso de las insinuaciones de una dama que de las quejas del público, voy á pintar á V. los trabajos de nuestra vuelta. Salimos al ponerse el sol y entramos en Madrid al amanecer, no gastando por consiguiente mas que un abrir y cerrar de ojos de los que durmieron toda la noche.

Al llegar á Valdemoro se descompuso la locomotiva del convoy que nos precedia; no sabemos si por lo que tiene de *loca* ó por qué. Inmediatamente avisó el telégrafo y tuvimos que detenernos viendo desaparecer el día, cosa que nos hacia poca gracia. Con esta detencion se acabó el agua á la máquina como á nosotros la paciencia, y tuvieron que enviar por Hernan Cortés que llegó tan animoso como V. nos ha pintado. Salimos como un rayo, pero á los cinco minutos se descaminó el gran capitán y nos dejó otra vez desconsolados. El céfiro iba dándose á conocer, la noche estendia sobre nosotros su manto estrellado, y cada cual iba temiendo llegar tarde á sus citas y compromisos.

«¿Qué le he de decir á mi mujer, decia un marido escarriado, á quien la he dicho que estaba de guardia en mi oficina?». «Vaya un apuro, decia una señora, si le estuviera á usted esperando el niño sin mamar desde las nueve de la mañana como á mí, podría V. quejarse». «pero el niño no la reñirá á V., y mi mujer tiene un genio». «¿Pues y yo que llevo encima los billetes de teatro para toda mi familia?» con estas y otras conversaciones dieron las 9 y las 10 y las 11.

Entonces comenzaron á gritar como desesperados unos jóvenes que apenas se habian entretenido en comer porque pensaban cenar opíparamente en las máscaras donde tenían sus correspondientes citas. Pero la noche no hacia caso de nuestros compromisos ni de nuestros estómagos ni menos las locomotivas, ni los locomotores.

A las interpelaciones generales respondió un dependiente «No tengan Vds. cuidado, pues justamente llevamos hoy un gefe de movimiento.» «Pues que lo asciendan á director del reposo, dijo un andaluz, pues esto no marcha.»

Acordándose un viajero de que Vd. recomendaba el pan de Pinto envió por una libreta y por 4 rs. vn. le trajeron una petrificada que merecia estar en la historia natural. La noche ya no decia nada, pero el día se nos venia á mas andar cuando enviaron en nuestro socorro al Francisco de Asis: figúrese Vd. si de donde no nos podia sacar Hernan Cortés nos habia de sacar este señor. Nada... quietos que quietos, hambrientos que hambrientos, trasnochados que trasnochados, hasta que vino una Madrileña de empuje y nos trujo al embarcadero donde no teníamos mas medios de volver á casa que los de nuestro padre S. Francisco.

Escriba Vd por Dios Señora mia, otra carta á los empre-

sarios del camino de hierro por que esto pasa de castaño oscuro, y puesto que los trenes todos van bien y suelen venir mal, cántales Vd. aquella antigua cancion.

En las cuestas arriba
quiero mi mulo
que las cuestas abajo
yo me las subo.

De Vd. muy apasionado S. S. Q. S. P. B.

EL DOTRINO.

UN HOMBRE Y UNA MUJER.

NOVELA

por Alfonso Karr.

(Conclusion.)

Luciano hubiera querido verla mas conmovida; pero se persuadió fácilmente de que el soplo ardiente del amor reanimaría en ella la sensibilidad, y creyó que sería una felonía el quejarse de aquella inocencia tierna, de aquel pudor tímido, que no solo reservaba para el feliz mortal que se uniera á ella el primer amor, sino tambien las primeras impresiones, las primicias de la vida.

Ademas, Sara era muy bonita; parecia una viñeta de Tony Fohannot, solo que en las viñetas de Tony se hallan mas movimiento y animacion.

Una cosa habia, sin embargo, que no coincidía con aquella figura poética; Sara, en sus conversaciones con Luciano, no respondía á las amorosas frases de este, que á veces eran algo enfáticas, sino con proyectos relativos á lo cómoda y elegante que habia de ser la casa en que vivieran despues de casados... Fijaba las habitaciones que habia de tener; hablaba de la eleccion de los criados; daba órdenes para hacer la ropa blanca, la vagilla de plata, etc.

Una noche que Luciano volvia á su casa, el portero le dijo: «Señorito, ya no vive V. aquí sino en el número 15 de esta misma calle; esta es la llave de su nueva habitacion; me han encargado se la dé á V. de parte de su señor tío.

«Pero... ¿y mis papeles, mis muebles?» dijo Luciano.

«Todo se ha trasladado al número 15, y el cuarto que V. tenia aquí está ya alquilado.»

Luciano creia estar soñando... Fué al número 15, y le introdujeron en una habitacion magnífica, amueblada con la mayor elegancia y buen gusto; nada se echaba en ella de menos; no solo no habian olvidado ninguno de los objetos de utilidad, sino que habian cuidado tambien de los de recreo. Se conocia desde luego que el encargo de adornar y amueblar aquel cuarto no habia sido confiado solo á la rutina de los tapiceros.

Luciano se acostó en una cama excelente, y en toda la noche no pudo dormir, no porque aquella estuviere dura, sino porque estaba preocupado al mismo tiempo con su boda, y con los misteriosos beneficios de su tío: tenia indudablemente tanto derecho al insomnio como un poeta que busca un consonante rebelde á una idea fugitiva.

Al dia siguiente recibió una carta de Adela que solo contenia estas palabras.

«Voy á emprender un viaje que durará algunos meses.»

«¡Pobre Adela!» exclamó cuando la hubo leído; habrá sabido mi próximo enlace... Vamos, vamos, no quiero alimentar ninguna idea triste, basta abrigar pensamientos serios y formales.

Se sentó á su nueva mesa de despacho, en cuyos cajones encontró todo lo necesario para escribir, y empezó una carta para su tío en la que le daba gracias.

Habia puesto ya «Mi muy querido tío:» cuando vió que era tarde, y dejó la carta para ir á casa de su futura.

Sara le recibió como siempre; cada dia se aproximaba mas el momento de su union, sin que estuviera mas agitada ni expansiva.

Se sentó al piano y cantó con una voz bastante agradable, pero monótona y sin expresion.

La cancion que cantó era la misma que algunos meses antes entonara Adela sobre el río. Luciano no pudo menos de conmoverse con este recuerdo y se volvió á su casa. Al entrar en su cuarto halló un canastillo con las galas para la novia, en cuya eleccion se conocia que habia presidido el mas refinado buen gusto; no habian olvidado, al escoger los colores, que Sara era rubia.

Tres semanas faltaban tan solo para el dia que se habia fijado para la celebracion de la boda. Al dia siguiente, el agente de negocios del padre de Sara debia comunicar á Luciano las condiciones del contrato.

Por la noche, no halló á Sara en la sala, y viendo varias puertas abiertas en diferentes habitaciones, la encontró al fin en su cuarto.

Se puso mas encarnada que una cereza. Era la segunda emocion que Luciano sorprendia en su semblante.

La primera habia sido de vergüenza y de impaciencia, ocasionada por una opinion que Luciano emitió con su franqueza habitual, sobre un dulce que ella habia hecho.

La segunda emocion era un poco mas fuerte, pero tenia próximamente las mismas causas: una mezcla de confusion y de impaciencia.

Reprendió ágríamente á Luciano por la libertad que se habia tomado de penetrar hasta su cuarto. Luciano se disculpó lo mejor que pudo; pero hay una cosa particular en el mal humor de las mugeres: esto es que ha de seguir necesariamente su curso. Los mejores argumentos, las razones mas concluyentes, las pruebas mas evidentes no consiguen interrumpir ese curso sino como los guijarros interrumpen el de un arroyuelo; el agua murmura con alguna mas fuerza y continua su camino.

Luciano salió. El mal humor es contagioso; no sabia qué hacer; pensaba haber consagrado aquella hora á estar con Sara; en cambio se marchó á visitar á su tío, el que le recibió con la mayor frialdad; habia llegado el dia antes á Paris. Luciano le manifestó su gratitud en los términos mas elocuentes y expresivos. El tío le respondió secamente:

«Oiga V. caballerito, ¿se ha vuelto V. loco ó quiere usted gastar una broma pesada? ¿Cree V. que habré ido á

escoger la ocasion en que V. se muestra desobediente é ingrato para colmarle de dávidas y beneficios?

—Pero tío... dijo Luciano.

—Pero sobrino, replicó el tío, no le he dado á V. ni le daré nada; no quiero verle á V. ni á su mujer, ni recibiré siquiera las cartas que V. me escriba.»

Luciano salió. Al entrar en su casa le dijo el portero: «Señorito, tome V. esta carta que ha traído el criado de su señor tío de V.»

—Vamos, se dijo á sí mismo Luciano, ¿qué me querrá este viejo obstinado? Si es algun regalo no le recibo.

Abrió la carta, y era de Adela.

«Amigo mio, decia, mi viaje durará todo el verano: me alegraría infinito que quisierais disfrutar durante ese tiempo mi casita de campo. Creed que me tomo un interés muy vivo por todo lo que contribuye á vuestra felicidad, y cuento en este número vuestro casamiento. Admitid mi oferta, pues si la rehusárais me causarais un profundo sentimiento.»

Luciano se apresuró á bajar la escalera y dijo al portero: «¿Por qué ha creído V. que el portador de esta carta ha sido el criado de mi tío?

—Porque le he conocido; es un jóven moreno y alto con casaca gris.

—Se ha equivocado V. replicó Luciano; el criado de mi tío es un viejecito de corta estatura, y viste librea azul.

—V. me permitirá que le diga entonces que su señor tío debe tener varios criados, porque el que ha traído esa carta, es el mismo que alquiló el cuarto en que vive V. ahora, y él fué tambien el que hizo trasladar los muebles y los estuvo arreglando.»

Luciano se quedó inmóvil en la escalera. Una idea se le habia ocurrido de pronto.

¿Este criado que me trae la carta de Adela, es el mismo que alquiló mi cuarto?... y mi tío que niega tenazmente!...

Se lanzó á la calle, corrió á ver al portero de su antigua casa, y le preguntó quien habia hecho la traslacion de sus muebles cuando se mudó.

—Un jóven alto, moreno, contestó el portero, con casaca gris.

Luciano se quedó un momento pensativo.

—Y ahora, volvió á preguntar, ¿quién vive en el que fué mi cuarto?

—Una señora.

—¿Qué señas tiene?

—Rubia, hermosa, muy amable y bastante triste.»

—¿No viene nunca á verla ese criado vestido de gris?»

—«Dos ó tres veces al dia.»

Luciano se volvió á su cuarto pensativo y preocupado en extremo. Al dia siguiente por la mañana llegó el agente de negocios del padre de Sara, y le entregó una carta y el proyecto del contrato.

En la carta le encargaba su presunto suegro que preparara todo para la ceremonia, que alquilara los carruages, que diese parte á la autoridad civil y á la eclesiástica, por que Sara era católica.

Las cláusulas del contrato estaban redactadas en los términos que lo están todas las de un contrato de matrimonio: cláusulas de odio, de desconfianza, de pérdidas restricciones de precauciones injuriosas. Algunas, sobre todo, tenian por objeto evidente el mantener á Sara en una independencia completa de su marido, y hasta el sujetar á este en cierto modo bajo la independencia de su mujer.

Luciano escribió una carta al padre de Sara y rogó á su agente de negocios que se la llevara. Despues se fué á la municipalidad á encargarse que se publicaran sus amonestaciones, alquiló los coches, é hizo preparar todo en la iglesia.

Quince dias despues, Luciano se despertó tan feliz como nunca lo habia sido. Tomó un baño y se vistió con el mayor esmero. Vinieron á preguntarle á qué hora queria los carruages; dió sus órdenes, tomó un hombre y salió. Fué á su antigua casa, entró sin decir nada al portero, y subió al cuarto que en otro tiempo habitara, á cuya puerta llamó.

Adela le abrió. Una palidez mortal cubrió su semblante y tuvo que sentarse para no caer al suelo. Luciano se sentó á su lado y la dijo:

—Adela, hoy es el dia de mi boda.

—Ya lo sé, contestó Adela.

—Dentro de dos horas estaré casado.

—Tambien lo sé; iré á la iglesia y nadie rezará con tanto fervor como yo por vuestra felicidad.

—Adela dime la verdad, porque sería inútil el querérmela ocultar; todo lo sé. Tú eres la que has alquilado y hecho amueblar el cuarto que ocupo actualmente; tú eres la que me has enviado el contrato de rentas al portador; tú eres, en fin, la que me has enviado el magnífico canastillo con las galas.

Adela bajó la cabeza y calló.

—Te has quedado pobre por enriquecerme y proporcionarme los medios de casarme con otra muger.

—No estoy pobre, dijo Adela con débil voz; he asegurado la suerte de mi madre, y he conservado mi casita de campo; esto es cuanto necesito.

Luciano abrió la puerta y llamó: entró un hombre que llevaba el canastillo destinado á Sara.

—Adela, la dijo Luciano, vístete; contigo es con quien me caso dentro de dos horas. Nos esperan ya en la municipalidad y en la iglesia.

Adela cayó de rodillas sofocada por la alegría.

—Vístete Adela, mia, volvió á decir Luciano alzándola y estrechándola entre sus amorosos brazos; todo está pronto. He hallado en tu casa, y con la cooperacion de tu madre que está iniciada en mi secreto, todos los papeles necesarios. Se han publicado nuestras amonestaciones; todo está corriente.

Se oyó el ruido de un coche que paró á la puerta. Una señora ya de edad y elegantemente vestida subió; era la madre de Adela: esta no podia proferir una palabra. Su madre la vistió mientras Luciano salió á dar algunas órdenes. Habia tenido cuidado de hacer arreglar á la medida del cuerpo de su hija los vestidos que esta habia preparado para Sara...

Transcurrieron dos horas: Luciano y Adela estaban unidos para siempre; y tres horas despues, se hallaban solos, encerrados en la casita de campo.

FIN.

Apertura del Parlamento de Inglaterra.

La lámina que va al frente de este número, presenta á la reina Victoria y al príncipe Alberto en el acto solemne de abrir el Parlamento. El interés que escita la actual crisis ministerial de Inglaterra, cuyo origen data de las cámaras ha hecho creer que nuestros lectores verian con gusto el grabado á que nos referimos.

A. M.

¿Que ame yo á otra mujer?... ¡Qué desvario!
—No caben dos amores en un alma.
La paz recobra y la perdida calma;
Que del mundo á pesar y el hado impío,
¡Tuyo es mi corazon, dulce amor mio!

AKSTIN ELPIDOS.

Peluqueros y barberos.

Estos empleados públicos, y les llamo así no porque tengan nombramiento del gobierno, sino porque se emplean en algo y son y estan empleados, á lo menos en el sentido gramatical, les llamo tambien públicos, porque ejercen su facultad respectiva públicamente y en provecho del público: Estos funcionarios, pues, si bien tienen entre sí muchos puntos de contacto, hay no obstante entre los primeros y los segundos diferencias harto notables, y una gran distancia. Cierro que unos y otros viven principalmente con motivo y á consecuencia del pelo, generalmente hablando; pero internándonos un poco en consideraciones al caso referentes, observaremos lo que llevo asentado. Desde luego se percibe que los barberos no pueden existir sin que haya pelo, y no cualquiera especie de pelo, por ejemplo el cabello, sino que debe ser pelo de barbas y bigotes. Un barbero y un pelon son dos enemigos irreconcilables, se excluyen mutuamente, son dos polos opuestos: ¿qué ganancia se promete un barbero de un pelado, y para que este necesitará al barbero, no poseyendo barba ni bigote? De suerte que un barbero avecinado en un país donde no se conociese pelo de ninguna clase en el género humano, sería hombre perdido, sería no hombre al agua, pero sí hombre á pelados ó pelones, como quien dice á perros: sería lo mismo que condenar á un sastre á permanecer en medio de los negros, ó de otros pueblos cuyos habitantes andan en cueros, ó sería como desterrar á un bailarín á una tierra donde todos fuesen cojos. Los peluqueros al contrario, aun entre calvos hacen su negocio, y no en pequeño, pues que se encargan de cuantas pelucas hagan falta; y despues de haber ganado con sus parroquianos en rizarles atusarlos y cortarles el pelo; despues de suministrarles todo linage de menjurjes, pomadas y aceites, y contribuir de este modo á la calvicie, todavia en este último estado aumentan su bolsillo con los productos de las pelucas. Si por un momento nos hacemos la suposicion de que todos quedásemos calvos de repente sin que lo autorizase la moda, veríamos que los peluqueros no tendrían manos ni tiempo suficientes para dar cumplimiento á los pedidos que iban á llover en sus oficinas, y por medio de cartas, intermediarios y recomendaciones. Cada dia apareceria cientos de bisonés, peluquines y pelucas, como sucedió cuando se prohibieron los manteos á los estudiantes, todos los dias y especialmente los domingos salian á relucir levitas, capas y otros varios trages nuevos. Bajo este punto de vista los peluqueros tienen mas asegurada la subsistencia que los barberos.

Otra semejanza se advierte entre los referidos: aquellos son mas agarrados y guardosos que estos, puesto que recogen cuanto pelo, á veces sucio, puede llegar á su poder, con el objeto de trasformarlo en tirabuzones, pelucas y demas artefactos de su oficio, en tanto que estos nunca se bajan á buscar el pelo de ninguna persona, al revés estos lo arrojan cuando rapan á cualquier individuo y lo desprecian cuando afeitán. De suerte que el barbero persigue siempre al pelo, su placer es impedir que retoñe y crezca y no necesita reunirle ni amontonarlo: el peluquero anda al rebusco del pelo que nadie quiere, aprovecha las sobras aunque sea de una fregona, aunque sea de un cadaver, y se goza en registrar y escoger en un monton de pelusa, cual si fuese un anticuario en revolver y elegir códices y manuscritos con las gafas caladas.

Los barberos llevan á los peluqueros ventajas de gran valía y trascendencia. Hay un refran castellano que dice: «ni ojo en carta ni mano en barba;» ¿pero qué importa esto para los barberos? ellos soban, manosean y abofetean la cara al prójimo sin dárseles un ardite y aun cobran por la gracia: y no solo esto, ademas se rien bonitamente en las barbas del mas grave y encumbrado personaje, pues que regularmente los referidos artesanos suelen entretener con anécdotas, chistes y ocurrencias al sujeto que están afeitando. Tambien hay otro refran análogo al anterior «cuando veas la barba de tu vecino afeitár echá la tuya á remojar» ¿pero qué significa esto para los barberos ¡disparate! ellos remojan y afeitán á su sabor y con toda franqueza y satisfacion las barbas de sus vecinos sin que teman á cuanto pueda sobrevenir.

Peluqueros y barberos son hombres armados, no de punta en blanco, pero sí de punta en negro; por cuanto para despachar sus negocios tienen que valerse de instrumentos de punta negra: los hierros ó la tijera. Mientras un barbero está afeitando muy arrogante con su navaja en mano, se parece á un victimario de los pueblos antiguos que vá á consumir el sacrificio, ó á un verdugo que vá á guillotinar al pobre paciente: el peluquero con su tenaza caliente dispuesta para enroscar el cabello, se asimila á un agente de justicia de los siglos medios en el acto de dar tormento á un condenado.

En honor de la verdad, preciso se hace confesar que los barberos son exactos en sus palabras: no imitan á los sastres y á otros menestrales. Se compromete un barbero á afeitár á cualquier conciudadano en dias fijos y horas determinadas, de seguro no falta, minutos antes ó despues; si hiciesen como los sastres, tendria el feligrés que pasar quince dias ó mas con unas barbas de capuchino, y se daria al diablo si estaba enamorado; forzoso le era tonsurarse por sí mismo y renunciar á la contrata barberil.

Los barberos, además del manejo de los espedientes, segun va relatado, y que constituyen su ocupacion primordial, esencial y característica, acostumburan en calidad de distracciones dedicarse á otras acesorias, por ejemplo, tocar la



Tipos de vendedoras de Paris.

guitarra, ser maestros de baile, y en las poblaciones reducidas y en las aldeas, son á la par notarios, dómnes y sacristanes. Los peluqueros se hallan poco mas ó menos en igual caso: pues que acostumbran vender botes de afeites y cosméticos, cuadritos y cordones de pelo, muñecos de varias materias, con otros mil trabajos, baratijas y cachivaches. Y no contentos con disfrazar cabezas, algunos se adelantan á formular cejas, pestañas, ojos, narices y otros miembros: de manera que siempre están falsificando partes del cuerpo humano, y muchas de estas falsificaciones son peliagudas como las que se refieren á la cabeza. Los barberos son mas sinceros y francos; en lugar de tapar y encubrir, vice-versa, ponen en claro un rostro barbudo ó despejan una melena, dejando convertido un matorral en una plaza pública. Aquí se supone la separacion de los dos oficios, aunque generalmente están unidos en una misma persona.

¡Cuántos hombres y mugeres envidiaron en ocasiones dadas la suerte de un barbero y de un peluquero! Se encuentran infinitas personas esperando en las antesalas y en las puertas de la casa de un ministro, de un director, general,

de un general sin ser director ú otro personaje que pueda dar algo: nadie entra, todos permanecen en la antesala: la falange pedigueña está á cada paso oyendo respingos de porteros hora tras hora, dia tras dia, semana tras semana. Mas se aproxima el barbero, ni siquiera pregunta por su escelencia, porque sabe que aun siendo temprano no se le niega la entrada, y que su escelencia no hace aguardar al barbero, sino que está aguardando por este; y pasa adelante por entre la turba, penetra sin hacer cuarentena en el gabinete del señor; y este señor que no deja verse de nadie, se presenta de bata y pantuflas, alarga el cuello á disposicion de una nabaja en ristre: no se mueve, no se levanta hasta que lo mande el barbero: un barbero que sobaja y empuerca la cara del escelentísimo señor con unas manos que acaban quizá de cortar los callos á un arriero, ó de trasquilar un perro indecente de un ciego: y tampoco seria diñcil que el barbero, en atencion á alguna hija ó parienta consiguiese un empleo para cualquier amigo, con preferencia á todos cuantos están plantados en las avenidas y corredores del palacio de su señoría.

ANTOLIN ESPERON.

GEROGLIFICO.



REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.